

## LA SITUACION MILITAR

Las elecciones programadas para el 28 de marzo de 1982, aparte de que se presentaron como solución para muchos problemas, perseguían una serie de objetivos de diversa índole, desde el político hasta el militar. En el aspecto político se buscaba terminar con un período de transición y retornar a la constitucionalidad y a la forma democrática de gobierno, con la firme esperanza de que la Democracia Cristiana obtuviera una mayoría suficiente como para dirigir el proceso. En lo social se pretendía movilizar y concientizar grandes masas del pueblo en torno a un proyecto que contrarrestara el influjo de la izquierda. En lo económico, por un lado, se buscaba consolidar las reformas emprendidas por la junta de gobierno a fin de dinamizar todos los sectores de la economía, y por otro lado, se esperaba que la masiva ayuda económica norteamericana, junto con una aceptable estabilidad y moderación en las reglas del juego, desinhibiera los temores hacia la inversión y el desarrollo. En lo militar, las elecciones se presentaban como instrumento para lograr la paz y para repudiar a la guerrilla; es decir, se las utilizaría como un arma político-ideológica para dar un giro decisivo en una guerra a la que no se le encontraba solución rápida ni fácil (cfr. ECA, 1982, 399-400, 18-22; 403-404, 557-70, 599-622).

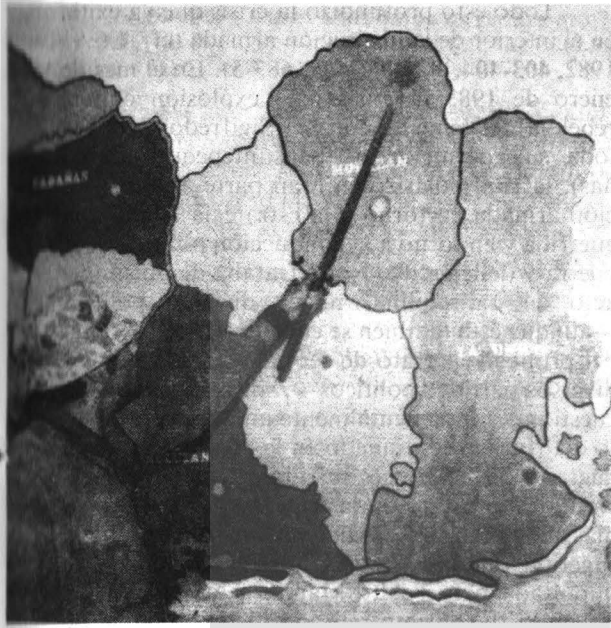
Desde esta perspectiva hay que entender todo el proceso militar que se va a desarrollar en El Salvador, de ambas partes contendientes, desde las elecciones de 1982 hasta las que se avecinan en marzo de 1984. Si bien es cierto que lo militar incide y repercute profundamente en lo socio-político —y más en tiempos de guerra—, no es menos cierto que lo socio-político juega también un papel muy importante en lo estrictamente mi-

litar —tanto más en momentos porque el curso mismo de la guerra no avanza como se esperaba, o incluso retrocede.

### El objetivo militar de las elecciones

Que las elecciones de 1982 no eran simplemente un trámite de rutina en la vía democrática, ni un simple tránsito a la constitucionalidad, sino que fueron impuestas desde fuera como un mecanismo alternativo a la guerra y a la oferta de diálogo del FDR-FMLN, por más que dejaran intacto el problema fundamental de El Salvador, el de la guerra, está fuera de toda sospecha o duda (cfr. ECA, 1982, 402, 233-58, especialmente las tesis 1a. y 8a.). Sin embargo, dichas elecciones perseguían un objetivo militar, en una doble dimensión, que ayudara a orientar la guerra a favor de las fuerzas militares del gobierno.

En la dimensión política se había montado el proceso electoral, al interior del país, como la vía para la paz, para la solución de los problemas, para el repudio a la guerrilla, como la expresión libre del voto y del pensamiento, como el respeto absoluto a la voluntad popular, a diferencia de los fraudes sucesivos en los cincuenta años anteriores; la presión publicitaria masiva e intensa, las amenazas, primero veladas y luego patentes, de que no votar significaba apoyar a la guerrilla, el que la institución armada se presentara insistentemente como la garante de la honestidad del proceso, le investían a éste de un carácter militar. En exterior se convirtió a El Salvador en un escaparate público de afirmación de la democracia y de ilegitimación del FDR-FMLN, provocando la asistencia multitudinaria de pe-



riodistas y observadores, el congestionamiento en los centros de votación para crear la impresión de asistencia masiva, la inflación de los votos para exagerar la opción por la democracia y el repudio por la guerrilla. La misma actitud de algunos grupos armados del FMLN, que intentaron impedir violentamente la votación de determinados sitios y su relativo fracaso, fue utilizada políticamente para exaltar la decisión del pueblo de oponerse a la violencia de la izquierda incluso "bajo las balas".

En la dimensión estrictamente militar las elecciones abrían la puerta a una nueva táctica, pues el gobierno democráticamente elegido era más digno y susceptible de incrementar la ayuda en armamento y asesoría castrense para inclinar la balanza de la guerra a su favor. El plan incluía, además de ayuda masiva, el incremento sustancial de la tropa y oficiales, el entrenamiento de ambos grupos en EE.UU. y en el propio territorio salvadoreño por medio de asesores militares norteamericanos, la creación de nuevos batallones de reacción rápida así como de batallones de "cazadores" de menor número, pero más entrenados y distribuidos por todo el territorio nacional, y la implementación de una nueva estrategia militar, más agresiva y permanente, bajo la dirección de la asesoría norteamericana.

El impacto político de las elecciones, el desconcierto primerizo del FDR-FMLN ante los re-

sultados del evento y de la propaganda mundial, la rearticulación de su estrategia, la relativa pausa en el accionar militar de la guerrilla durante varios meses, dieron pie a una serie de apreciaciones en cuanto a la posibilidad de una victoria militar por parte de la Fuerza Armada en el mediano plazo. Para septiembre de 1982 la Fuerza Armada juzgaba que la guerrilla era tan sólo capaz de desarrollar "algún ataque espectacular ocasional", acompañado de sabotajes pero, de acuerdo con el entonces ministro de defensa, General José Guillermo García, los insurgentes se encontraban en una situación "desesperada" y estaban en los "estertores de la muerte".

### Consecuencias de análisis carentes de objetividad

Las anteriores apreciaciones se verían cuestionadas trágicamente en muy breve tiempo. El 10 de octubre de 1982 el FMLN lanzó la ofensiva "Héroes y Mártires de octubre de 1979 y 1980". La magnitud de la misma parece haber rebasado todas las apreciaciones que sobre ella se hubiesen hecho, provocando serios desajustes tácticos en la nueva estrategia que la Fuerza Armada venía impulsando desde junio. Con esta ofensiva el FMLN parece entrar en una dinámica de ofensiva continua, que se mantendrá ininterrumpida hasta abril de 1983.

Los resultados de estas ofensivas continuas posibilitaron un desarrollo de las fuerzas insurgentes que tal vez ni ellos esperaban. La ampliación de sus zonas de control y la recuperación de miles de armas, importante armamento de apoyo y de municiones, parecen haber impuesto la necesidad de pasar a una reorganización de grandes proporciones de sus fuerzas por los meses de marzo y abril. Coincidiendo con el periodo de que el FMLN se articulara, la Fuerza Armada readecuó su plan estratégico y aceleró la implementación de sus planes militares. Sólo entre octubre de 1982 y junio de 1983 ingresaron a sus filas por lo menos 7,350 efectivos con los que formó los primeros batallones de "cazadores" y reforzó guarniciones estratégicas; recibió ayuda suplementaria de EE.UU. y empezó un acelerado plan de entrenamiento para modificar los esquemas operativos del ejército.

A partir de junio de 1983 la Fuerza Armada lanzó una contraofensiva en varios frentes a la par que inició los trabajos del Plan Nacional de Restauración de Areas (CONARA) en los departamentos de San Vicente y Usulután, en donde pu-

so en práctica las tácticas en las cuales habían venido insistiendo los asesores norteamericanos. Las nuevas ofensivas coincidieron con un decremento sustancial de la actividad del FMLN, que desde mayo había reducido sus ataques de alguna envergadura a la zona norte de San Miguel y a la meridional de Cuscatlán.

La aparente recuperación de la iniciativa en algunos frentes llevó nuevamente a apreciaciones triunfalistas, tanto a los asesores norteamericanos como a los jefes militares salvadoreños, quienes atribuyeron las mejoras sustanciales de la Fuerza Armada al continuo entrenamiento de la tropa salvadoreña por los especialistas del ejército norteamericano, al hecho de contar con un nuevo ministro de defensa más agresivo que el anterior, a la adopción de tácticas con unidades pequeñas y operaciones de siete días en contraposición al paso más descansado en la batalla que se daba en el pasado, y a los programas de "acción cívico-militar" que aparte de ganarse "las mentes y los corazones de la población civil" tendían a reducir los abusos militares contra ella. La nueva ofensiva del FMLN, iniciada en septiembre, con mayor agresividad que las anteriores, desmintió otra vez los análisis basados en interpretaciones más ideológicas o voluntaristas que objetivas (cfr. ECA, 1982, 407-408, 911-20; 1983, 411, 37-49; 415-416, 421-38; 421-422 983-95).

Otra de las consecuencias de tales análisis y de las campañas montadas como corolario, además de las crisis al interior de la institución armada, fue la disminución y descenso brusco de la moral de las tropas de combate. Las nuevas tácticas, los acuciosos y amplios operativos concluían con una victoria que se les escapaba de las manos, pues si llegaban a conquistar territorios anteriormente en poder del FMLN, los encontraban vacíos y nunca lograban una verdadera victoria militar sobre el enemigo. El alto número de bajas causadas por la guerrilla en las filas del ejército, el abundante material de guerra destruido o recuperado, las posiciones fortificadas capturadas por el FMLN, la grande e importante destrucción por el sabotaje estratégico, la captura cada vez mayor de prisioneros así como el buen trato otorgado y la liberación casi inmediata de la mayoría, fueron minando profundamente la moral de combate y neutralizando el entrenamiento y la concientización tan meticulosamente impartidos.

Todo esto profundizó la crisis que ya existía en el interior de la institución armada (cfr. ECA, 1982, 403-404, 421-38; 405, 683-5). En el mes de enero de 1983 la crisis hizo explosión con la rebeldía del teniente coronel Sigifredo Ochoa y toda su guarnición de Sensuntepeque (Cabañas), la cual polarizó en gran parte a la institución armada en torno a la estrategia frente a la guerrilla y en torno a la conducción política de la guerra y del ejército. No se trataba de un simple acto de indisciplina, ni de división política —aunque ésta también se encontraba en el fondo del problema y trató de ser capitalizada por los diversos partidos políticos—, sino que planteaba cuestiones fundamentalmente militares y era fruto del fracaso continuado en la conducción de la guerra y de los reveses sufridos frente a declaraciones no ajustadas a la realidad de los hechos; más aún, era el enfrentamiento entre la estrategia sugerida por los asesores norteamericanos y la impulsada por el Alto Mando salvadoreño. La polémica se solventó retirando la extradición de Ochoa a Uruguay, aunque se lo relevase del mando en Cabañas y se lo enviase a Washington, y el compromiso de profundos cambios en la cúpula militar, incluida la sustitución del ministro García, cosa que no se definió, sino hasta abril del mismo año y tras el ultimátum del jefe de la Fuerza Aérea, coronel Bustillo (cfr. ECA, 1983, 411, 50-54; 412, 185-8; 415-416 561-4).

Junto con la reestructuración del Alto Mando y los consiguientes cambios en los puestos principales de mando, se intentó dar una nueva orientación al organismo de propaganda e información de la institución (Comité de Prensa de la Fuerza Armada), que desde ese momento dejó en parte de ser una oficina de información para convertirse casi en un instrumento de difusión ideológica y de análisis políticos nacionales e internacionales (cfr. ECA, 1983, 420, 889-20). Se impulsó también con gran publicidad el plan CONARA, cuyos resultados en el departamento de San Vicente fueron magros, mientras que en el de Usulután fracasaron como ya se ha indicado. Pero a comienzos de 1984 se reinició intensamente el plan en este último departamento.

### Desarrollo del FMLN

Desde los pequeños y mal armados grupos guerrilleros de antes de 1980, desde las movilizaciones de masas de ese año y la seguridad simbó-

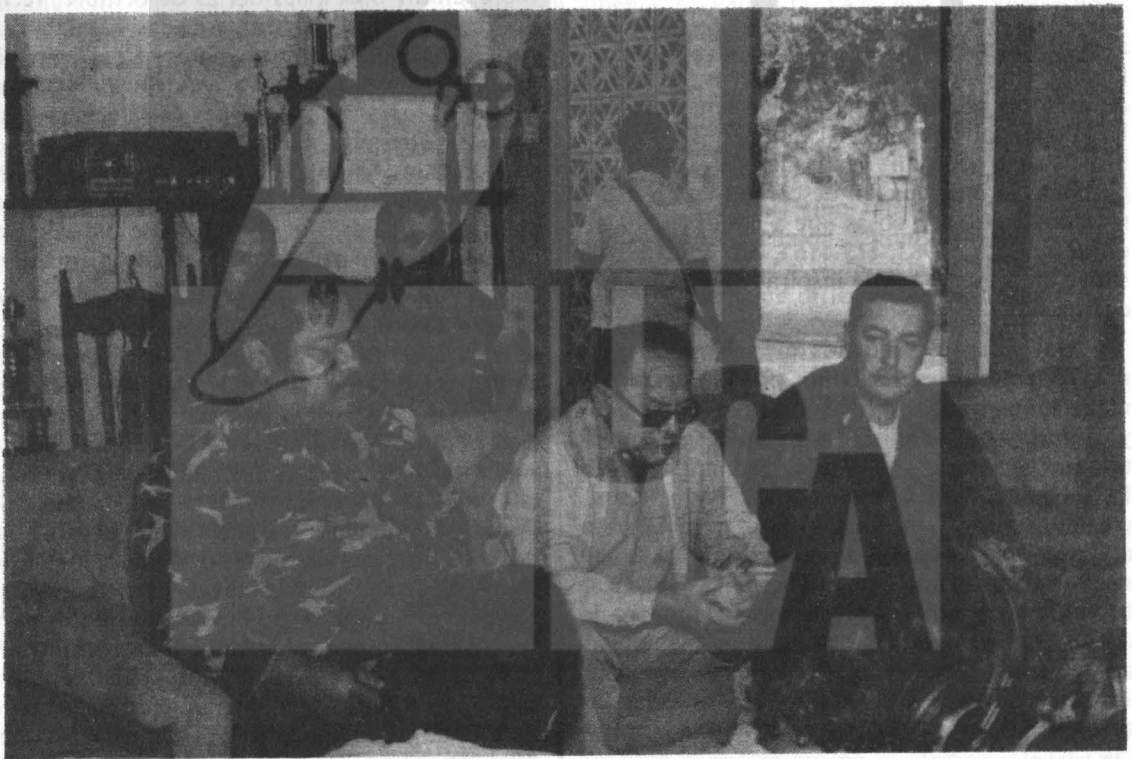
**Los análisis de la situación militar se basan más en ideologías y voluntarismos que en las condiciones objetivas.**

lica que le ofrecía la guerrilla; desde la casi espontaneidad y falta de coordinación de la "ofensiva final" de enero de 1981, hasta las características y el comportamiento del FMLN en los dos últimos años, han ocurrido cambios cuantitativos y cualitativos considerables. La misma estrategia militar se ha ido reformulando de acuerdo al proceso mismo de la guerra y a sus resultados (cfr. ECA, 1983, 415-416, 479-90).

El crecimiento cuantitativo del FMLN no puede menos de ser reconocido por todos los observadores, e incluso por la misma Fuerza Armada y por EE.UU. De aquellos grupos pequeños que realizaban acciones de sabotaje, tomaban pequeñas poblaciones o atacaban unidades menores del ejército, se ha pasado a operativos en que intervienen cientos de guerrilleros, bien equipados y coordinados, actuando simultáneamente en puntos distantes en el territorio nacional.

Pero es en el aspecto cualitativo donde se perciben mayores cambios. La integración de las distintas organizaciones, a pesar de las diferen-

cias de todo tipo —y la crisis surgida al interior de las FPL con el asesinato de Mélida Anaya, el suicidio de Cayetano Carpio, la reestructuración de la dirigencia y la separación del grupo denominado Movimiento Obrero Revolucionario (MOR)— ha ido en ascenso positivo, así como la dirección más unificada y la coordinación de las operaciones militares, muchas de ellas efectuadas conjuntamente. Se ha pasado de unidades pequeñas de combate a verdaderos ejércitos y batallones bien dirigidos y con mayor efectividad, pudiendo con ello atacar puntos más fortificados o de mayor relevancia estratégica. El entrenamiento ha sido, por un lado, intenso en el mismo campo de batalla durante estos años, pero por otro lado también se ha impartido a nivel de "academia" en donde se forman los oficiales y las fuerzas especiales. La moral de la tropa y los mandos ha ido en aumento como resultado de los éxitos crecientes y continuos en el campo de batalla, el logro de objetivos militares importantes, la captura de prisioneros y abundante parque bélico, y la capacidad de evadir la presión militar del ejército.



**Las apreciaciones del alto mando y sus asesores norteamericanos fueron cuestionadas trágicamente por las continuas ofensivas del FMLN.**

Como consecuencia de todo lo anterior, el FMLN ha tenido periodos de relativa calma cuando así lo ha juzgado conveniente, para evaluar sus acciones y su estrategia, descansar y recuperarse de la batalla, readecuar sus fuerzas y tácticas a las nuevas implementadas por su adversario, y retomar la iniciativa siempre que lo ha pretendido, a pesar de las apreciaciones triunfalistas de su enemigo. La iniciativa ha estado básicamente del lado del FMLN, que ha infligido golpes no sólo espectaculares sino de gran repercusión militar, como la toma de Berlín, el ataque al cuartel de San Miguel, la toma repetida del cerro de Cacahuatique y las instalaciones de radio-comunicación, la toma de Tenancingo también reiterada, la destrucción del cuartel de la 4a. Brigada en El Paraíso y la voladura del puente Cuscatlán. Además de eso, ha consolidado el control político y militar en extensas zonas del territorio, principalmente en el norte del país y en Usulután, y ha establecido una nueva organización política y social en dichas zonas.

#### **Involucramiento cada vez mayor de EE.UU.**

El apoyo continuo y progresivo de EE.UU. al gobierno salvadoreño en todos los campos, el involucramiento en la misma guerra por medio de asesores militares y por el entrenamiento de batallones salvadoreños, el bloqueo a los suministros que puedan venir de fuera para la guerrilla, la intervención descarada en los asuntos nacionales, son cosas que a nadie se le ocultan (cfr. ECA, 1983, 415-416). Sin embargo, la situación presente puede inspirar un crecimiento cualitativo.

Hay suficientes indicios que sugieren que los más recientes reveses sufridos por la Fuerza Armada se justificarán aduciendo falta de recursos y equipo, y que la administración Reagan intentará incrementar los niveles de ayuda militar para El Salvador, tanto como parte del paquete propuesto por la Comisión Kissinger para Centroamérica, como por una solicitud de ayuda suplementaria para el año fiscal 1984 por casi doscientos millones de dólares adicionales. El número de asesores militares, fijado en 55, se ha mantenido aparentemente, pues a ellos se han agregado asesores médicos y técnicos de diversas especialidades.

Si bien un incremento sustancial de EE.UU. en hombres y en recursos tendría seria incidencia en el desarrollo del FMLN y en el curso de

la guerra en el corto plazo, es poco probable que ese incremento se traduzca en una capacitación relativa de la Fuerza Armada, suficiente para enfrentar por sí sola la dinámica de desarrollo del FMLN. La no superación de los problemas de la Fuerza Armada para enfrentar al FMLN, los avances de éste en el terreno político y militar, y el progresivo involucramiento de EE.UU. en la guerra civil salvadoreña, aumentan las posibilidades de una intervención aún más directa por parte de la administración norteamericana.

La Casa Blanca ha hecho grandes esfuerzos por convencer a amigos y enemigos de que Grenada es un ejemplo de la determinación norteamericana de utilizar la fuerza para revertir aquellos procesos que a su juicio atentan contra su propia seguridad nacional —si bien su reciente retirada de El Líbano pudiera cuestionar tal determinación. El mismo FMLN parece reconocer esta posibilidad: sus voceros han declarado recientemente los temores de que sus avances militares podrían ser respondidos por la administración Reagan con el envío de tropa. De hecho, la ofensiva de septiembre de 1983, muestra un cambio cualitativo después del 25 de octubre, fecha en que las tropas norteamericanas desembarcaron en Grenada. Ello no parece significar, sin embargo, que el FMLN vaya a dejar pasar oportunidades para asestar golpes estratégicos a las fuerzas gubernamentales cuando las situaciones se presenten. Así lo sugieren las acciones más importantes, como la de Anamorós, el ataque al cuartel de El Paraíso, el asalto a la base de Cacahuatique, o la voladura del puente Cuscatlán.

No obstante las restricciones políticas que un año electoral en EE.UU. pudieran suponer para la administración Reagan, las recomendaciones del informe Kissinger, las más recientes peticiones de la Fuerza Armada al gobierno norteamericano y las últimas declaraciones de funcionarios de dicha administración, sugieren que estaría en preparación inmediata un paquete de ayuda que intentaría trasladar al aire la principal fuerza estratégica del ejército salvadoreño. Ello podría abrir nuevas avenidas de participación de personal estadounidense, bien como pilotos para nuevos destacamentos de unidades aerotransportadas mientras se entrenan pilotos salvadoreños, bien como equipos de mantenimiento, bien como equipos de entrenamiento. Ello significaría cuando menos unos meses de atraso en los planes de la guerra por parte de los insurgentes, puesto que tendrían que readecuarlos para enfrentar ese nuevo tipo de táctica y tecnología militar.

## **El FMLN ha pasado de unidades pequeñas de combate a verdaderos ejércitos y batallones bien dirigidos y con mayor efectividad, capaces de atacar puntos de gran relevancia estratégica.**

De hecho, parece ser que con ocasión de las próximas elecciones en El Salvador, EE.UU. pudiera iniciar algún tipo de intervención directa, que una vez impulsada difícilmente se retirará como es el caso de los militares norteamericanos remanentes en Honduras tras las operaciones conjuntas. Según el periódico **Miami Herald** (17 de febrero de 1984), silenciosamente el Pentágono está expandiendo en forma constante la presencia militar norteamericana en los alrededores de El Salvador en un esfuerzo por impedir que la violencia guerrillera interrumpa las elecciones presidenciales de marzo, como dijera funcionarios de la administración y asistentes del Congreso. Los funcionarios dijeron que la Casa Blanca aprobó el plan porque no confía en las recientes promesas hechas por los guerrilleros salvadoreños de que no atacarán durante la votación. Algunas de las maniobras ya se han hecho públicas en anuncios separados. Hasta ahora, sin embargo, los funcionarios no habían vinculado estos movimientos con un plan integral diseñado para proteger las elecciones salvadoreñas de ataques guerrilleros. Según los funcionarios consultados, los principales componentes del escudo norteamericano incluyen: 1) el envío de aviones de observación OV-1 a bases en Honduras, desde donde pilotos norteamericanos harán misiones aéreas de reconocimiento para monitorizar movimientos guerrilleros y alertar a las tropas gubernamentales; 2) estacionar 1,700 soldados norteamericanos en Honduras, técnicamente para cuidar el equipo militar utilizado en los ejercicios conjuntos, pero también para disuadir actividades guerrilleras de gran escala en torno a las elecciones; aquí encaja también el renovado intento de trasladar los campamentos de refugiados ubicados cerca de la frontera con El Salvador; 3) la utilización de una regulación poco conocida que permitiría al Presidente Reagan el envío de 80 millones de dólares en ayuda militar de emergencia a El Salvador antes de las elecciones, aun en el caso de que el Congreso rechazara o atrasara su solicitud (en este contexto cabría entender la declaración del general Gorman, comandante de las fuerzas norteamericanas para América Latina, ante el Congreso, donde afirmó que la Fuerza Armada salvadoreña se ha gastado los últimos fondos disponibles de ayuda militar para el año

fiscal 1984 y empezará a quedarse sin pertrechos en cuestión de algunas semanas: "al 10 de febrero las fuerzas salvadoreñas de seguridad se han gastado todos los fondos asignados", (**Miami Herald**, 25 de febrero de 1984); 4) probablemente el envío de dos grupos de combate navales que acompañarán a dos portaaviones, estacionados en las costas del Pacífico y del Caribe de Centroamérica, para que lleven a cabo maniobras mientras se realizan las elecciones. Recientemente, en fin, han circulado rumores en Washington de que se está considerando el envío de tropas norteamericanas a El Salvador antes de las elecciones para vigilar instalaciones estratégicas y poder liberar así a los soldados nacionales para que incrementen sus actividades antiguerrilleras; sin embargo, Fred Iklé ha negado que se vayan a enviar tropas norteamericanas a ese país.

La intervención armada directa, por consiguiente, pudiera estar ya en marcha. Si bien no se puede descartar el que un cambio de administración en las venideras elecciones de noviembre pudiera significar un cambio relativo respecto a la política norteamericana hacia El Salvador. El informe Kissinger por su parte, parece ser no sólo un intento para lograr apoyo bipartidario hacia la política actual, sino también un intento de comprometer a cualquier administración venidera en un curso de acción hacia la región del cual le será sumamente difícil desembarazarse.

### **Balance y perspectivas**

Aunque ya en la revista ECA se han ido realizando análisis y balances trimestrales de la guerra, el período que arranca de las elecciones de 1982, y que se cierra con las inminentes de 1984, amerita un balance global, tanto más cuanto que la guerra parece estacionada en un impasse prácticamente irresoluble si se la deja a su propio curso. Por otro lado, las elecciones de 1984 nuevamente son presentadas como la vía de solución a todos los problemas del país, el camino de la paz y el fin de la guerra, por más que ninguno de los partidos contendientes se meta a fondo a analizar la guerra misma ni ofrezca solución alguna concreta ni realista. Por otro lado, si la ayuda militar norteamericana no logra sus objetivos, tampoco parece lograrlos la ayuda econó-



**El informe Kissinger no es sólo un intento para lograr apoyo bipartidario a la política de la actual administración, sino que además compromete a las futuras administraciones en un curso de acción del cual les será muy difícil salir.**

mica. Según el *Miami Herald* (26 de febrero de 1984), el paquete de 8,000 millones de ayuda propuestos por la comisión Kissinger están encontrando fuerte oposición en el Congreso, no sólo por su elevado monto, sino también por una serie de alegatos de corrupción y malversación de fondos de ayuda en la región; investigadores de la Oficina General de Contaduría del gobierno norteamericano, en un informe presentado a los ayudantes del Congreso, afirmaron que más del 40% de los 1,400 millones de dólares de ayuda que la administración Reagan ha dado a El Salvador están faltando; los fondos fueron dados en forma de transferencia en efectivo al Banco Central de Reserva, donde los procedimientos contables son deficientes; también dijeron que el Departamento de Estado carecía de los controles adecuados sobre la ayuda a la región y concluían afirmando que ni El Salvador ni otros países de la región tienen capacidad para absorber grandes cantidades de ayuda externa. Algo similar denunciaba la revista *Newsweek* en su última edición de febrero de 1984, citando altas fuentes de la administración.

Por lo que respecta a las dos fuerzas armadas contendientes, el ejército salvadoreño ha aumentado considerablemente su número, ha tecnificado a la tropa y a los oficiales, ha acumulado una gran experiencia de combate, ha creado y puesto en acción una serie de batallones de "cazadores" pero su fuerza móvil está diezmada y carece de capacidad para lanzar ofensivas estratégicas a nivel nacional, ya que prácticamente sólo dispone con plena efectividad del batallón Atlacatl y del de paracaidistas: presenta una baja moral combativa, incorpora rápidamente a soldados bisoños y no ha profundizado la preparación ideológica, lo que lleva a la tropa a escasa identificación con los mandos y hacer prevalecer el instinto de salvar la vida sobre cualquier otra motivación; en fin, se mantienen profundas divisiones a su interior, así como respecto a los asesores norteamericanos y sus tácticas. En el FMLN se ha incrementado también significativamente el número y la preparación de los combatientes en todos sus niveles, así como la dotación de armamento —la mayor parte "recuperado"— y de comunicaciones; se ha pasado de pelotones y escuadras al

**La negociación sólo parece posible con un golpe de Estado previo que retire de los mandos a los sectores políticos, militares y económicos que se oponen rotundamente a cualquier solución que no sea la militar.**

nivel de brigadas y batallones, con toda la coordinación que esto implica, incluida una mayor maniobrabilidad en el terreno; la experiencia y entrenamiento acumulados en el combate, por parte de la tropa y de los mandos, es muy significativa; se ha avanzado notablemente en la unidad y cooperación coordinada de los distintos grupos; pero se adolece todavía de suficiente concientización política que elimine acciones inconsecuentes, se carece de mando único —aunque en los frentes de combate se proceda conforme a un estado mayor conjunto—, se mantienen problemas de abastecimiento y de comunicación, y no tienen suficientemente consolidadas las retaguardias.

Este balance, en la medida en que sea completo y correcto, nos arroja una situación de impasse, con iniciativa alterna por ambas partes, sobre todo en los períodos en que el FMLN decide no realizar acciones importantes, pero en el que predomina un accionar más contundente de parte de éste, frente a un derroche bastante improductivo de parte de la Fuerza Armada, tanto en hombres como en recursos de todo género.

Las perspectivas que se atisban en esta situación, dado que las anunciadas elecciones no resolverán el problema de la guerra —que ni siquiera se lo plantean de manera eficaz—, será la prolongación indefinida de una guerra con un costo de vidas humanas, más alto aún, de sufrimiento y destrucción —cosa que, por otro lado, no parece pesar lo suficiente en quienes deciden los destinos de El Salvador—, pues un incremento cuantitativo y cualitativo de un ejército corresponde al homólogo del ejército contrario.

A no ser que EE.UU. se decida por una intervención militar directa y masiva, con todos los costos que implica en lo político, social, económico y militar; para lo cual no sólo hay proyectos alternativos sino que también se han dado pasos concretos de realización (cfr. lo expresado por el **Miami Herald**; cfr. **ECA**, 1983, 419 735-41). La otra alternativa sería la implementación de los mecanismos conducentes a una seria negociación, ya sea por la presión internacional en ese sentido (cfr. **ECA**, 1983, 417-418 629-40), ya sea por la persuasión norteamericana de que es la única solución racional y efectiva, incluso para sus intereses en la zona a largo plazo. Tales negociaciones deberían cumplir determinadas condiciones y mínimos requeridos (cfr. **ECA**, 1983, 417-418 601-28), para los que la nueva propuesta de paz presentada en febrero de este año por el FDR-FMLN ofrece nuevos caminos que deben ser tomados en consideración. De todos modos, esta solución probablemente tendrá que ir precedida por un golpe de Estado que retirara de los puestos de mando o decisión a los sectores económicos, políticos e incluso militares que rotundamente se oponen a cualquier solución que no sea la de las armas.